

ENTREVISTAS

**ENTREVISTA A ESTHER DÍAZ
POR**

Lucas Martinelli

**Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires
/ CONICET, Argentina**

Doctor en Estudios de Género y Licenciado en Artes por la Universidad de Buenos Aires. Investigador postdoctoral del CONICET radicado en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (UBA). Dicta clases en la Maestría en Estudios y Políticas de Género (UNTREF) y en la Licenciatura en Artes (UBA).

Contacto: lucasmartinelli87@gmail.com

FOTOGRAFÍAS DE SEBASTIÁN FREIRE



Esther Díaz es una figura reconocida por su desempeño en la enseñanza de la filosofía que tomó nueva visibilidad a raíz de su aparición en el documental *Mujer nómada* (Martín Farina, 2018) y de su último libro *Filósofa punk. Una memoria* (2019)¹. Ambos dispositivos se basan en su biografía para cuestionar los mandatos vinculados al género y la sexualidad y permitir un ingreso original en algunos de los planteos más álgidos del pensamiento filosófico vinculados al placer, el dolor y la muerte. La entrevista se realizó el 20 de julio de 2019 en su casa de San Telmo.

Lucas Martinelli: Quiero empezar nuestra conversación remitiendo a la “Postdata sobre las sociedades de control”, de Gilles Deleuze, para indagar en tu intuición frente al avance de la “tecnociencia” -ese término que vos utilizás- respecto al desarrollo de la tecnología en el mundo.

Esther Díaz: Lo primero que se me ocurre, sin saber si es pertinente o no, es que yo siento que estoy viviendo en el futuro. Vos no vivís en el futuro porque sos muy joven. Si bien es cierto, has visto muchas innovaciones, no has visto el cambio tremendo que yo vi. Cuando nací no había televisión. Por eso, cuando me enfrento a los jóvenes, me pregunto: ¿Quién subjetivó a las nuevas generaciones para que sean seres lectores? Antes no existían muchas tecnologías, sólo la radio y no la podíamos manejar como los niños manejan hoy los celulares. De hecho, las radios a mitad del siglo pasado estaban en lugares altos para que no las toquen. Cuando comencé a tener uso de razón, empecé con los libritos, para pintar, dibujar y después para leer. Era la única manera que tenía para zafar de la realidad, que siempre es dura, como dice Deleuze. La realidad es demasiado dura como para soportarla sin ningún aliciente, sin algún estimulante. Cada vez que necesito algo y lo puedo ver en internet lo disfruto mucho. Cuando me hice especialista en Ilya Prigogine, estuve diez años. En *La nueva alianza: metamorfosis de la ciencia* leía algo de física e intentaba recordar cosas del secundario. Encontraba pocos lugares para leer. Tenía que dejar lo que estaba

¹ Esther Díaz es Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, fue profesora titular de Introducción al Pensamiento Científico en el Ciclo Básico Común de la UBA entre los años 1985 y 2005. Dictó seminarios de posgrado de Metodología de la Ciencia y Epistemología en la Universidad Nacional del Litoral, la de Tucumán y la del Nordeste. Dirigió la Maestría en Metodología de la Investigación Científica en la Universidad Nacional de Lanús. Entre sus numerosos libros se encuentran: *Problemas filosóficos* (2017), *El himen como obstáculo epistemológico. Relatos sexuales de una filósofa* (2005), *Posmodernidad* (1999), *La filosofía de Michel Foucault* (1995) y *La sexualidad y el poder* (1993).

haciendo y salir a buscar algún libro para continuar leyendo. Esta cuestión hoy se solucionó con una tecla. Para mí la tecnología fue la apertura al futuro. Antes del 2000, no tenía esa sensación. Hace poco me di cuenta de que Jorge Luis Borges vio internet cuando escribió “El Aleph” en la década del cuarenta. Por este medio se puede averiguar cualquier cosa del mundo. Si bien es cierto que he sido y sigo siendo muy crítica de la tecnología por la tecnología misma. Como dice Heidegger en su conferencia *Serenidad*, tenemos que tomarlo con serenidad para no perder el tren de la historia, pero tampoco podemos tomarlo todo sin reflexión. Por otro lado, los griegos, que pensaban que somos y formamos parte del cosmos, decían que si forzamos a la naturaleza a hacer cosas que no hace normalmente, ella, por ser algo divino, puede vengarse de nosotros.

Hay que asumir la tecnología con distancia crítica. Esa compulsión por la conectividad es dañina. Estar continuamente las 24 horas en conexión, probablemente para la gente joven no sea un perjuicio, pero se puede ver en otros países desarrollados como en la película *Lo and Behold: Reveries of the Connected World* (Werner Herzog, 2016) que hay gente que está enferma de conectividad.

En última instancia voy a terminar con una reflexión aristotélica: en este tema hay que tomar un término medio. Utilizar la tecnología con criterio pasándola por la razón y el pensamiento. Lo que dice Gilles Deleuze en la “Posdata” es que el pasaje de las sociedades de vigilancia a las sociedades de control es posible a partir de esto. En las sociedades de vigilancia que estudió Michel Foucault todo se daba a nivel humano, había alguien controlando sobre la torre, un maestro controlando a los alumnos, un médico a los enfermos. Algo bien moderno. En cambio hoy nos pueden controlar porque hay aparatos encendidos y hablamos y pueden estar escuchándonos cuando decimos ciertas palabras. Estaba previsto por Heidegger, lo desarrolla Deleuze, pero la cuestión es que invertimos para que nos controlen. Es un semillero muy fértil para pensar filosóficamente.

L. M.: Algo que tiene que ver con esto es la relación entre la tecnología, los modelos de cuerpo y la belleza.

E. D.: A partir de las primeras proyecciones de la película empecé a buscar respuestas porque de alguna manera lo hacía por intuición. Te cuento como empezó mi relación con cierta tecnología respecto a la belleza. A mí me permitieron maquillarme desde los quince años. En mi casa fueron muy represores, pero lo que estaba admitido era que a esa edad las mujeres se podían maquillar. No sabía que estaba respondiendo a un mandato, pero lo hacía. Es decir, esa ya era una tecnología de género.



Yo estaba acostumbrada a mis cincuenta años a hacerme la línea debajo del ojo y hubo una mañana en la que me choqué con una arruga. Ah no, ya la tecnología del pincelito no me sirve más. Hay que ir a la del quirófano. Lo tomé con naturalidad, como una extensión del maquillaje. Para mí fue un acto de libertad absoluta que me costó horrores no sólo en términos simbólicos, sino también económicos.

La película se dio en Córdoba y me contaron que un hombre dijo en el debate: “Ella se cree tan libre y sin embargo se opera”. Me hizo pensar que es un acto de libertad operarse. Hace diez años que no me operaba porque no tenía dinero. No dependo de nadie para hacerlo. No es para tapar la edad, tengo setenta y nueve y cumplo ochenta, sino por razones estéticas. Se escucha desde muchos lugares “Es más digno envejecer con arrugas”. Pregunto en serio: ¿por qué? Nadie

nunca me dio un fundamento. Entonces concluyo que es prejuicio. Si en una película se muestra a una mujer mayor desnuda, que se opera, se masturba y se acuesta con varones menores que ella, implica que estoy atacando prejuicios de género. Desde chica no me gustaron las arrugas. Cuatro meses atrás no quería sacarme fotos de lo arrugada que me veía la cara. Ahora me veo armónica para la edad que tengo. Una vez me dijeron “¿Que dirían Foucault y las feministas?”. Lo que diría Foucault y las feministas me lo paso por las tetas. Como me gusta esto no le voy a hacer caso a ninguno de los que opinen. Eso para mí es la libertad: poder tener esa línea de fuga que implica el deseo sin perjudicar a nadie.

L M: ¿En algún momento te diste cuenta de que eras feminista?

E D: Yo fui feminista antes de saber que el feminismo existía. En mi familia, el valor máximo que mis padres nos enseñaron a las mujeres fue llegar vírgenes al matrimonio. Fui criada con la frase: “La honestidad de la mujer se mide de la cintura para abajo”. Cuando yo siendo muy chica, tendría cinco o seis años, pedí que me dejaran estudiar el bandoneón, me dijeron que no porque no era un instrumento para mujeres. Y yo quería porque la había visto a Azucena López Maizani, que se conoce era lesbiana y se vestía de gaucho para cantar tangos y cosas camperas. Yo ni idea del feminismo. Pero cuando me prohibieron tocar un instrumento porque no era para mujeres tuve tanta indignación que me surgió una primera resistencia. Me enviaron a estudiar piano que era lo que debía estudiar una señorita.

El punto álgido fue cuando no me dejaron seguir el secundario. Yo di el ejemplo de un vecino que lo iba a hacer, pero me dijeron que era un varón. Durante un año, luego de hacer que me enseñaran el nudo de la corbata, me ponía camisas y a la hora de la siesta, cuando nadie me veía, agarraba la bicicleta de hombre y salía a pasear por Ituzaingó vestida de varoncito. Quería ser hombre por la falta de libertad que implicaba ser mujer.

Cuando tenía 26 años, y me decidí a estudiar ya era vieja, sentía un estigma por no haber estudiado. Me daba vergüenza, pero más vergüenza me daba no haber estudiado. Entonces me dije: “Si la muerte me alcanza en el camino que me alcance, pero al menos yo lo voy a estar logrando”. Hice el secundario muy rápido porque recién ahí hubo alguien que me hizo ver que tenía capacidad.

Siempre desfasada con mis compañeros, no conocía lo que era el compañerismo. Cuando llegué a la facultad, recién ahí lo supe. Un compañero, que no vi nunca más en la vida, después de una clase me dijo: “¿No leíste a Nietzsche?”. Yo le dije que no - hoy le hubiera dicho “No tengo capital intelectual” - y me dejó Zaratustra. Me lo leí en una noche. Obviamente no entendía nada. Me apasionaba



tanto esa manera de escribir. Empecé a comprender lo que era el compañerismo y también empecé a escuchar sobre el feminismo. A las feministas, se las veía más locas que ahora. Era una cosa extraña. En un primer momento, no me enganché con la teoría.

Aproximadamente en 1998 escribí: *Buenos Aires, una mirada filosófica*. Yo no tenía formación histórica, entonces tuve que ponerme a estudiar. Empecé a leer en los libros de historia que esa “moralina” que nos bajaban eran los inventos de la generación del ochenta, los que hicieron la patria, para dominarnos mejor a los que teníamos que trabajar para ellos. Entonces, se me cayó un velo. De los libros me vino cierta verdad. A mí en general nunca se me dijo feminista. Nunca milité como feminista y recién ahora me atrevo a decir la palabra. Primero me choqué con el problema de la mujer, en mi vida. Sin la posibilidad de hacer teoría sobre ello. Luego en la teoría, cuando hice el libro de Buenos Aires, vi que la burguesía bajaba esas verdades absolutas que naturalizábamos.

L. M.: Te he oído mucho hablar sobre cine, ¿alguna película en estos años te dio una experiencia significativa?

E. D.: La palabra que se me ocurre ahora es que te conmocione, te produzca algo. Como dice Gilles Deleuze en “El abecedario”: “Usted habla de ser nómada y nunca sale”. No puedo ir al teatro porque no puedo estar sentada, pero sí veo exposiciones de arte y a veces pasa algo. En sus palabras, a veces se forman máquinas y a veces no. Cuando te escuché me saltaron dos películas de Pedro Almodóvar. Cuando terminé de ver *Julieta* (2016) me encerré en un baño y estuve casi quince minutos llorando. Me había pasado de joven con las películas de Bergman sin tener el conocimiento que tengo ahora. Cuando vi *El silencio* (1963), no entendí nada, pero salí conmocionada. Ahí había pasado algo muy importante que no podía poner en palabras. Luego de estudiar filosofía, me pareció transparente. Cuando vi *Julieta* yo estaba en pleno duelo por la muerte de mi hija. Al personaje la hija la niega, desaparece. Al mismo tiempo es una profesora de clásica, enseña sobre cosas que decimos los profesores de filosofía. A su hija si se le muere una hija. Yo estaba enganchada con cosas tontas. Si mengano no me había saludado o cosas por el estilo. Me pareció que Almodóvar me agarró de la ropa y me dijo: “Pero pelotuda, déjate de joder, se te murió una hija, asumilo, eso te pasó. Nunca más la vas a volver a ver.” Me hizo caer en la muerte de mi propia hija. Te lo digo y me emocio como el primer día que la vi.

Estoy dando un curso de filosofía en el Cine Village; casi todos los estudiantes son profesores jubilados. La semana pasada salí a las 12.05 hs y dos señoras se habían quedado. Les hago una broma “Se terminó la clase”. “Nos quedamos a ver una película de Almodóvar”, me dicen ellas. Subí a comprar entradas y cuando

terminó *Dolor y gloria* (2019) sentí: “Otra vez te metiste conmigo. A mí me hablaste”. Le da un final como yo interpreto la película de Martín Farina y último libro que escribí. Proust le puso *El tiempo perdido* a su obra por los salones a los que iba a pasar todas las tardes en donde se conversaban banalidades, perdido como el tiempo que nunca más va a volver. Pasándolo por el arte, ese tiempo se recupera. A tal punto que el último tomo se llama *El tiempo recuperado*. Después de ver objetivamente lo que yo siempre sentí subjetivamente, sentí que Martín Farina logró que recuperara el sufrimiento perdido. Si leíste a Nietzsche con convicción te das cuenta de que el sufrimiento no tiene ningún sentido. Pero cuando eso es tamizado por el arte lo puedes recuperar. Pude escribir un libro que, si bien no es de filosofía, está atravesado por la filosofía y esa es la virtud de poder recuperar parte de la propia vida que no tenía sentido con una obra que le da sentido.

Me subjetivé a partir de *La heredera* (William Wyler, 1949) porque es capaz de tomarse una regia venganza. Es al día de hoy que cuando quiero terminar cualquier relación agarro la vela y subo la escalera como hace Catherine al final de la película. Esa para mí es la dignidad que aprendí en el cine. El cine de Hollywood dio muchos de los modelos que nos intentan normativizar, pero no fueron esos con los que me identifiqué. Otra película que también me dio vuelta la cabeza y vi más de una vez fue *Muerte en Venecia* (Luchino Visconti, 1971). Muchas veces me pregunto si es voluntad mía que me gusten los más chicos. La razón de ser está fundamentalmente ahí. Cuando la decadencia física es máxima te enamoras de lo que ya no tenés, de la juventud. Siempre te enamoras o te odias con vos mismo, la otra persona es la excusa para.